

de proveedor de las armadas para aquellas partes, que á lo menos llevase un criado que le sirviese en la mar, diciéndole que se disminuiría su crédito y autoridad para con la gente á quien habia de enseñar, si le viesen en la mar con los demás lavar sus paños al borde de la nao, y guisar su comida, el Padre san Francisco le representó: Señor Conde, el procurar adquirir crédito y autoridad por ese medio que vuestra señoría dice, ha traído á la Iglesia de Dios y á sus prelados al estado en que ahora está. El medio por donde se ha de adquirir el crédito y autoridad es lavando esas cosillas y guisando la olla sin tener necesidad de nadie, y con todo eso, procurando emplearse en el servicio de las almas de los prójimos. Quedó con esta respuesta el Conde tan atajado y tan edificado, que no supo qué responder. De esta manera, y con esta humildad y verdad, se ha de adquirir la autoridad, y de esa manera se hace mas fruto. Y así vemos que hizo tanto el Padre san Francisco Javier en esas Indias con enseñar la doctrina á los niños, y andar tañendo la campanilla de noche á las ánimas del purgatorio, y sirviendo y consolando á los enfermos, y con otros oficios bajos y humildes. De esa manera vino á tener tanta autoridad y reputacion, que robaba y atraía á sí los corazones de todos, y le llamaban el Padre santo. Esta es la autoridad que es menester para hacer

fruto en las almas: estima y opinion de humildes, estima y opinion de santos y de predicadores evangélicos. Y así esta es la que nosotros habemos de procurar; que esas otras autoridades y puntos que tienen resabio y olor de mundo antes dañan y desedifican mucho á los prójimos, así á los de fuera como á los de dentro.

Sobre aquellas palabras de san Juan: *Ego autem non quero gloriam meam; est qui querat, et judicet*: Yo no busco mi gloria, mi Padre tiene cuenta con eso; dice muy bien un Doctor: Pues si nuestro Padre celestial busca y procura nuestra gloria y nuestra honra, no es menester que nosotros tengamos cuidado de eso. Tenedlo vos de humillaros, y de ser el que debeis; y el de vuestra estima y autoridad para hacer mas fruto en los prójimos dejadlo á Dios, que por donde vos mas os humillais y bajais, por ahí os levantará él mas con otra estima muy diferente de la que vos podríais alcanzar por esos otros medios y prudencias humanas.

Y no se os ponga tampoco delante la honra y autoridad de la Religion, que es otra solapa que se nos suele algunas veces ofrecer para colorear nuestra imperfeccion é inmortificacion. ¡Oh que no lo hago yo por mí, sino por la autoridad de la Religion, que es razon se le tenga respeto! Dejaos de esos respetos, que la Religion tambien ganará mas en que os vean á vos humilde; por que en eso consiste la autoridad y

estima de la Religion, en que sus religiosos sean humildes y mortificados, y estén muy deshechos de todo lo que tiene sabor y olor de mundo.

El P. Mafeo, en la Historia de las Indias, l. 14, pag. 277 y 280, cuenta, que predicando uno de los nuestros en el Japon la fe de Cristo nuestro Redentor en una calle pública de Firando, un gentil de aquellos que acaso pasaba por allí hizo burla de él y de lo que predicaba, y arranca un flemon muy grande, y escúpesele en el rostro. El predicador sacó su pañuelo y limpióse sin mostrar turbacion alguna y sin responder palabra, y prosiguió su sermón con el mismo tenor y semblante, como si no hubiera pasado nada. Uno de los que estaban oyendo notó mucho aquello, y viendo la paciencia y humildad grande del predicador, comenzó á pensar entre sí: No es posible que doctrina que enseña tanta paciencia, tanta humildad y constancia de ánimo no sea del cielo; cosa de Dios debe de ser esta; lo cual le hizo tanta fuerza, que bastó para convertirle, y así se fué tras él en acabando de predicar, y le pidió que le instruyese en la fe y le bautizase.

CAPÍTULO XXX.

Del tercer grado de humildad.

El tercer grado de humildad es cuando uno teniendo grandes virtudes y dones de Dios, y estando en grande honra y estimacion,

no se ensoberbece en nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye á su misma fuente, que es Dios, del cual procede todo bien y todo don perfecto. Este tercer grado de humildad, dice san Buenaventura (1), es de grandes y perfectos varones, que cuanto mayores son, tanto mas se humillan en todo. Que uno, siendo malo é imperfecto, se conozca y estime por tal, no es mucho: bueno es, y de loar es; pero no es de maravillar, como no lo es que el hijo del labrador no quiera ser tenido por hijo del rey, y que el pobre se tenga por pobre, y el enfermo por enfermo, y que quieran ser tenidos por tales de los demás; pero que el rico se haga pobre, y el grande se apoque y conforme con los bajos, haciéndose pequeño, esto es de maravillar. Pues así, dice el Santo (2), no es de maravillar que siendo uno malo é imperfecto se tenga por malo é imperfecto, antes lo es que, siendo tal, se tenga por bueno y por perfecto: como si estando lleno de lepra se tuviese por sano; pero que el que es muy aventajado en virtud, y tiene muchos dones de Dios, y es verdaderamente grande ante su divino acatamiento, se tenga por pequeño, esa es humildad grande y de maravillar, dice san Bernardo, serm. 13 sup. Cant.: *Magna, et rara virtus profecto est, cum magna opereris, magnum te nescire;*

(1) Bonav. proc. 6 relig. cap. 22.

(2) Idem dicit Bernard. serm. 45 super Cantic.

cum omnibus notis sanctitas tua, te solum lateat; cum omnibus mirabilis appareas, tibi soli vilescas: Grande y rara virtud es que obre uno grandes cosas, y que él no se tenga por grande, sino por pequeño, que todos le tengan por santo y por varon admirable, y que él solo se tenga en poco: *Hoc ego ipsis virtutibus mirabilis judico*: En mas tengo esto, dice, que todas las virtudes. Esta humildad se halló perfectísimamente en la sacratísima Reina de los Ángeles, que sabiendo que era elegida por Madre de Dios, con profundísima humildad se reconoció por sierva y esclava suya: *Ecce ancilla Domini*. Luc. 1, v. 38. Dice san Bernardo: *Mater Dei eligitur, et ancillam se nominat*. Bern. hom. 4 super Missus est. Eligiéndola para tan alta dignidad y tan grande honra, como era ser Madre de Dios, se llama esclava, y siendo predicada por la boca de santa Isabel por bienaventurada entre todas las mujeres, no se atribuyó á sí gloria alguna de las grandezas que en ella habia, sino todas se las atribuyó á Dios, engrandeciéndole y ensalzándole por ellas, quedándose ella entera y firme en su profundísima humildad. *Magnificat animam meam Dominum, et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo. Quia respexit humilitatem ancillae suae*. Luc. 1, v. 46. Esta es humildad del cielo: los bienaventurados tienen allá esa humildad; y eso dice san Gregorio, 1. 12 Moral., c. 151, que es lo que vió san Juan

en el Apocalipsi, IV et X, de aquellos veinte y cuatro ancianos, que postrados delante del trono de Dios le adoraban, quitando las coronas de sus cabezas, y arrojándolas á los piés del trono. Dice que arrojar sus coronas á los piés del trono de Dios es no atribuirse á sí sus victorias, sino atribuirlo todo á Dios, que les dió las fuerzas y virtud para vencer, y darle á él la gloria y honra de todo: *Dignus es Domine Deus noster accipere gloriam, et honorem, et virtutem; quia tu creasti omnia, et propter voluntatem tuam erant, et creata sunt*: Razon es, Señor, que te demos la honra y gloria de todo, y que quite-mos las coronas de nuestras cabezas, y las arrojemos á tus piés; porque todo es tuyo, y por tu voluntad ha sido hecho, y si algo bueno tenemos, es porque tú lo quisiste. Pues este es el tercero grado de humildad, no alzarse uno con los dones y gracias que ha recibido de Dios, ni atribuírselos á sí, sino atribuirlo y referirlo todo á Dios, como á autor y dador de todo lo bueno.

Pero podrá decir alguno: Si en eso consiste la humildad, todos somos humildes; porque ¿quién hay que no conozca que todo el bien nos viene de Dios, y que de nosotros no tenemos sino pecados y miserias? ¿Quién hay que no diga: Si Dios me dejase de su mano seria el mas mal hombre del mundo? *Perditio tua ex te Israel: tantummodo in me auxilium tuum*. Osee, XIII, v. 9. De nues-

tra parte no tenemos sino perdicion y pecados, dice el profeta Oseas: todo el favor y todo lo bueno nos ha de venir de acarreo de la liberalidad de Dios. Eso es fe católica, y así todos parece que tenemos esa humildad; porque todos creemos muy bien esa verdad de que está llena la sagrada Escritura. El apóstol Santiago en su Canónica, 1, v. 17, dice: *Omne datum optimum, et omne donum perfectum desursum est, descendens à Patre luminum*: Toda dádiva buena y todo don perfecto nos ha de venir de arriba, del Padre de la lumbre. Y el apóstol san Pablo: *Quid habes, quod non accepisti?* I ad Cor. IV, v. 7. *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est*. II ad Cor. III, v. 5. *Deus est qui operatur in nobis et velle, et perficere pro bona voluntate*. Ad Philip. II, v. 13. Dice que no podemos obrar, ni desear, ni pensar, ni comenzar, ni acabar cosa que sirva para nuestra salvacion sin Dios, de quien toda nuestra suficiencia procede. ¿Y con qué mas clara comparacion se nos pudo dar á entender esto que con la que el mismo Cristo Redentor nuestro nos la declara en el sagrado Evangelio? *Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vite; sic nec vos, nisi in me manseritis*. Joan. XV, v. 4. ¿Queréis ver, dice, lo poco ó nada que podeis sin mí? Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no está unido con la vid; así

nadie puede hacer obra meritoria por sí mismo si no estuviere unido conmigo: *Ego sum vitis, vos palmes: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil potestis facere*. ¿Qué cosa mas fructifera que el sarmiento junto con la vid? ¿Y qué cosa mas inútil y desaprovechada que el sarmiento apartado de la vid? ¿Para qué vale? pregunta Dios al profeta Ezequiel, c. XV, v. 2: *Fili hominis, quid fiet de ligno vitis?* ¿Qué se hará del sarmiento? No es madera, dice, que valga para obra alguna de carpintería, ni aun para hacer siquiera una estaca que pongais en la pared para colgar de ella alguna cosa: no es bueno el sarmiento apartado de la vid sino para el fuego. Pues así somos nosotros si no estamos unidos con la vid verdadera, que es Cristo nuestro Redentor: *Si quis in me non manserit, mittetur foras, sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet*. Joan. XV, v. 6. No valemos nada sino para el fuego: si algo somos, es por la gracia de Dios, como dice san Pablo: *Gratia Dei sum id quod sum*. I ad Cor. XV, v. 10. Bien enterados parece que estamos todos en esa verdad, que todo el bien que tenemos es de Dios, y que de nosotros no tenemos sino pecados, y que ningun bien nos habemos de atribuir á nosotros, sino todo á Dios, á quien se le debe la honra y gloria de todo. No parece esto muy dificultoso al que cree, para ponerlo por último y

perfectísimo grado de humildad, pues es una verdad de fe tan llana. Así parece á prima faz: mirándolo superficialmente y á sobrehaz parece fácil; pero no es sino muy difícil.

Dice Casiano, coll. 2 de castit. et 17 inter coll.: Á los que comienzan, pareceles cosa fácil el no atribuirse nada á sí, y el no estribar ni confiar en su industria y diligencia, sino referirlo y atribuirlo todo á Dios; pero no es sino muy dificultoso, porque como nosotros ponemos tambien algo de nuestra parte en las buenas obras: *Dei enim sumus adjutores*, I ad Cor. III, v. 9, dice san Pablo, como obramos nosotros tambien, y concurrimos juntamente con Dios, luego tácitamente y casi sin sentirlo estribamos y confiamos en nosotros mismos, y se nos entra una presuncion y soberbia secreta, pareciéndonos que por nuestra diligencia é industria se hizo esto ó lo otro; y así luego nos engreimos y envanecemos, y nos alzamos con las obras que hacemos, como si por nuestras fuerzas las hubiésemos hecho; y como si fuesen solo nuestras. No es tan fácil este negocio como parece: bástenos saber que los Santos ponen este por perfectísimo grado de humildad, y dicen que es humildad de grandes, para que entendamos que hay en ello mas dificultad y perfeccion de lo que parece. Recibir uno grandes dones de Dios, y obrar grandes cosas, y saber dar á Dios la gloria de ello co-

mo se debe, sin atribuirse á sí cosa alguna, ni tomar de ello algun vano contentamiento, cosa es de mucha perfeccion. Ser honrado y alabado por santo, y no se le pegar al corazon la honra y estimacion, mas que si no tuviera nada, cosa es dificultosa, y que pocos la alcanzan: mucha virtud es menester para eso.

Dice san Crisóstomo que andar entre honras, y no pegarse nada al corazon del honrado, es como andar entre hermosas mujeres sin alguna vez mirarlas con ojos no castos. Cosa dificultosa y peligrosa es esa, y mucha virtud es menester para ella. Para andar en alto y no se desvanecer buena cabeza es menester: no todos tienen cabeza para andar en alto; no la tuvieron los Ángeles en el cielo, Lucifer y sus compañeros: y así se desvanecieron y cayeron en el abismo del infierno. Ese dicen que fue el pecado de los Ángeles, que habiéndolos Dios criado tan bellos y tan hermosos con tantos dones naturales y sobrenaturales, *In veritate non stetit*, no estuvieron en Dios, ni le atribuyeron á él la gloria de todo, sino estuviéronse en sí; no porque entendiesen que tenían de sí aquellas cosas, que bien sabian que todas venian de Dios, y que de él dependian, pues conocian que eran criaturas; sino como dice el profeta Ezequiel, xxviii, v. 17: *Elevatum est cor tuum in decore tuo, perdidisti sapientiam tuam in decore tuo*. Envaneciéronse en su hermosu-

ra, pavoneáronse en aquellos dones que habian recibido de Dios, y deleitáronse en ellos, como si los tuvieran de sí: no los refirieron ni atribuyeron todos á Dios, dándole á él la gloria y honra de ello, sino que se desvanecieron ensalzándose y contentándose vanamente de sí mismos, como si de sí tuvieran el bien. De manera que aunque con el entendimiento conocian que la gloria se debia á Dios, robábanse-la con la voluntad, y atribuíansela á sí. ¿Veis como no es tan fácil como parece este grado de humildad, pues á los mismos Ángeles les fue tan dificultoso, que cayeron de la alteza en que Dios les habia puesto por no saber conservarse en él? Pues si los Ángeles no tuvieron cabeza para andar en alto, sino que se desvanecieron y cayeron, mas razon tenemos nosotros de temer no nos desvanezcamos, puestos y levantados en alto; porque somos tan miserables los hombres, dice el profeta David, Psalm. xxxvi, v. 20, que como humo nos desvanecemos: *Mox ut honorificati fuerint, et exaltati, deficientes, quemadmodum fumus deficient*: Así como el humo mientras mas alto sube, mas se deshace y desaparece; así el hombre miserable y soberbio, mientras mas le honran y suben á mas alto estado, mas se desvanece.

¡Oh qué bien y cuán á punto nos avisó de esto Cristo nuestro Redentor! Cuenta el sagrado Evangelio que habiendo enviado á los setenta y dos discípulos á predi-

car, volvieron ellos muy contentos y ufanos de su mision, diciendo: ¡Oh Señor, que habemos hecho maravillas! aun hasta los demonios se rendian y nos obedecian en vuestro nombre. Respóndeles el Redentor del mundo con gran severidad: *Videbam Satanam sicut fulgur de caelo cadentem*. Luc. x. Guardaos del vano contentamiento, mirad que por eso cayó Lucifer del cielo; porque en aquel estado alto en que fue criado se contentó vanamente de sí mismo y de los dones que habia recibido, y no atribuyó á Dios la gloria y honra como debia, sino que se quiso alzar con ella. No os acontezca á vosotros lo mismo: no os desvanezcais con las maravillas y cosas grandes que haceis en mi nombre, ni tomeis vano contentamiento en eso. Á nosotros dicen estas palabras: Mirad no os ensoberbezcáis de que por vuestro medio se hace mucha hacienda en los prójimos, y se ganan muchas almas. Guardaos no tomeis algun vano contentamiento del aplauso y opinion de los hombres, y del mucho caso que hacen de vos. Mirad no os alceis con algo, y se os pegue al corazon la honra y estimacion; porque eso es lo que hizo caer á Lucifer, y lo que de Ángel le hizo demonio. En lo cual veréis, dice san Agustín, cuán mala cosa es la soberbia, pues de Ángeles hace demonios; y por el contrario, cuán buena es la humildad, que hace á los hombres semejantes á los Ánge-

les santos: *Humilitas homines sanctis Angelis similes facit: et superbia demones ex Angelis fecit* (1).

CAPÍTULO XXXI.

Declárase en qué consiste el tercero grado de humildad.

No habemos acabado de declarar bien en qué consiste este tercero grado de humildad, y así será menester declararlo un poco mas, para que mejor podamos ponerlo por obra, que es lo que pretendemos. Este grado de humildad dicen los Santos que consiste en saber distinguir entre el oro que nos viene de Dios, de sus dones y beneficios, y entre el lodo y miseria que somos nosotros, y dar á cada uno lo que le pertenece: atribuir á Dios lo que es de Dios, y á nosotros lo que es nuestro, y que todo esto sea prácticamente, en lo cual está todo el punto de este negocio. De manera que no consiste la humildad en conocer especulativamente que de nosotros no podemos ni valemos nada, y que todo el bien nos ha de venir de Dios, y que él es el que obra en nosotros el querer, y el comenzar y el acabar, por su libre y buena voluntad, como dice el apóstol san Pablo, ad Philip. II, v. 13; que conocer eso especulativamente, porque así nos lo dice la fe, fácil cosa es, y todos los cristianos lo conocemos y creemos así; sino en

(1) August. lib. seu exhort. de salute mon. ad quemdam comitem, cap. 18.

conocer y ejercitar eso prácticamente, y en estar tan llenos y tan asentados en esto, como si lo viésemos con los ojos, y tocásemos y palpásemos con las manos. Lo cual dice san Ambrosio (1) que es particularísimo don y merced grande de Dios. Y trae para esto aquello de san Pablo: *Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est, ut sciamus, quæ à Deo donata sunt nobis*. I ad Cor. II, v. 12. Nosotros habemos recibido, no el espíritu de este mundo, sino el espíritu de Dios, para que conozcamos y sintamos los dones que habemos recibido de su mano. Sentir y reconocer uno los dones que ha recibido de Dios, como ajenos, y como recibidos y dados de la liberalidad y misericordia de Dios, es particular don y merced suya. Y el sábio Salomon dice que esta es suma sabiduría: *Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det, et hoc ipsum erat sapientia, scire cujus esset hoc donum*. Sapient. VIII, v. 21. Otra letra dice: *Et hoc ipsum erat summa sapientia*: Entender y conocer prácticamente que el ser continente no es cosa que podemos nosotros alcanzar por nuestras fuerzas, y que no basta ningun trabajo ni industria nuestra para esto; sino que es don de Dios, y que nos ha de venir de su mano, es suma sabiduría. Pues en esto que san Pablo dice

(1) Ambros. epist. 84 ad sacram virginem Demetriadem.

que es particular don y merced de Dios, y Salomon suma sabiduría, consiste este grado de humildad: *Quid habes, quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?* I ad Cor. IV, v. 7. ¿Qué tienes que no lo hayas recibido, y sea ajeno? Dice el apóstol san Pablo: Todo cuanto bien tenemos es recibido y ajeno; de nosotros no tenemos bien ninguno. Pues si lo has recibido, y es ajeno, ¿por qué te glorías como sino lo hubieses recibido, y como si fuese tuyo propio?

Esta era la humildad de los Santos, que con estar enriquecidos de dones y gracias de Dios, y haberles él levantado á la cumbre de la perfeccion, y con eso á grande honra y estimacion del mundo, con todo eso se tenian ellos por tan viles en sus ojos, y se quedaba su ánima tan entera en su bajeza y humildad, como si no tuvieran nada de aquellos dones. No se les pegaba ninguna vanidad en su corazon, ni cosa alguna de aquella honra y estima en que el mundo los tenia, porque sabian bien distinguir entre lo que era ajeno y lo que era suyo propio; y así todos los dones, honras y estimacion lo miraban como cosa ajena y recibida de Dios, y á él le daban y atribuian toda la gloria y alabanza de ello, quedándose ellos enteros en su bajeza, mirando que de sí no tenian nada, ni podian bien alguno: y de ahí les venia que aunque todo el mundo los ensalzase, ellos no se

ensalzaban, ni se tenian por eso en mas, ni se les pegaba nada de aquello al corazon, sino parecían que aquellas alabanzas no decian ni hablaban con ellos, sino con otro á quien pertenecian, que es Dios, y en él y en su gloria ponian su gozo y contento.

Y así con mucha razon dicen ser esta humildad de grandes y perfectos varones. Lo primero, porque presupone grandes virtudes y dones de Dios, que es lo que hace á uno grande delante de él. Lo segundo, porque ser uno verdaderamente grande delante de los ojos de Dios, y muy aventajado en virtud y perfeccion, y por eso tenido y estimado en mucho de Dios y de los hombres, y tenerse él por pequeño y vil en sus ojos, es grande y maravillosa perfeccion: y eso es de lo que se maravillan san Crisóstomo y san Bernardo de los Apóstoles y otros, que con ser tan grandes Santos, y tan encumbrados en dones de Dios, y haciendo su Majestad por ellos tantas maravillas y milagros, y resucitando muertos, y siendo por eso tan estimados de todo el mundo, con todo eso se quedasen ellos tan enteros en su humildad y bajeza, como si no tuvieran nada de aquello, y como si otro hiciera aquellas cosas y no ellos, y como si toda aquella honra, estima y alabanza fuera ajena, y se hiciera á otro, y no á ellos. Dice san Bernardo: *Non magnum est esse humilem in abjectione: magna prorsus, et rara vir-*

tus, humilitas honorata. Hom. 4 super *Missus est.* No es mucho humillarse uno en la pobreza y abatimiento; porque eso de suyo ayuda á conocerse y tenerse en lo que es; pero que uno sea honrado y estimado de todos, y tenido por santo y por varon admirable, y se quede él tan entero en la verdad de su bajeza y de su nada, como si no hubiera nada de aquello en él; esa es rara y excelente virtud, y cosa de grande perfeccion.

En estos, dice san Bernardo, sermón. 13 super Cant., conforme al mandamiento del Señor, su luz luce y resplandece delante de los hombres, para glorificar, no á sí mismos, sino á su Padre celestial que está en los cielos. Matth. v, v. 16. Estos son verdaderos imitadores del apóstol san Pablo, II ad Cor. iv, v. 5, y de los predicadores evangélicos que no se predicán á sí mismos, sino á Jesucristo. II ad Cor. xii, v. 14. Estos son buenos y fieles siervos, que no buscan sus comodidades, ni se alzan con cosa alguna, ni se atribuyen nada á sí, sino todo lo atribuyen fielmente á Dios, y á él le dan la gloria de todo; y así oirán de la boca del Señor aquellas palabras del Evangelio: *Euge, serve bone, et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam.* Matth. c. xxv, v. 21. Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque fuiste fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho.

CAPÍTULO XXXII.

Declárase mas lo sobredicho.

Habemos dicho que el tercero grado de humildad es cuando uno teniendo grandes virtudes y dones de Dios, estando en grande honra y estimacion, no se ensobberce en nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye á su misma fuente, que es Dios, dándole á él la gloria de todo, y quedándose él entero en su bajeza y humildad, como si no tuviese ni hiciese nada. No queremos por esto decir que nosotros no obremos tambien, y tengamos parte en las buenas obras que hacemos, que esto seria ignorancia y error. Claro está que nosotros y nuestro libre albedrío concurre y obra juntamente con Dios en las buenas obras; porque libremente da el hombre su consentimiento en ellas, y por eso obra el hombre, pues que de su voluntad propia y libre quiere lo que quiere, y obra lo que obra, y en su mano está no obrar. Antes eso es lo que hace tan dificultoso este grado de humildad; porque por una parte habemos nosotros de hacer todas nuestras diligencias, y poner todos los medios que pudiéremos para alcanzar la virtud, y para resistir á la tentacion, y para que el negocio suceda bien, como si ellos solos bastasen para ello. Y por otra, despues de haber hecho eso, habemos

de desconfiar de todo ello como si no hubiéramos hecho nada, y tenernos por siervos inútiles ó sin provecho, y poner toda nuestra confianza en solo Dios, como nos lo enseña él en el Evangelio: *Cum feceritis omnia que precepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus, quod debuimus facere fecimus.* Luc. xvii, v. 10. Despues que hubiéreis hecho todas las cosas que os son mandadas (no dice algunas sino todas) decid: siervos somos sin provecho, pues para acertar á hacer esto virtud es menester, y no poca. Dice Casiano: el que llegare á conocer bien que es siervo sin provecho, y que no bastan todos sus medios y diligencias para alcanzar bien alguno, sino que ha de ser dádiva graciosa del Señor, este tal no se ensobbercerá cuando alcanzare algo; porque entenderá que no lo alcanzó por su diligencia, sino por gracia y misericordia de Dios, que es lo que dice san Pablo: ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? I ad Cor. iv.

Dice san Agustin que nosotros sin la gracia de Dios no somos otra cosa sino lo que es un cuerpo sin alma. Así como un cuerpo muerto no se puede mover ni menear, así nosotros sin la gracia de Dios no podemos obrar obras de vida y de valor delante de Dios. Pues así como seria loco un cuerpo que se atribuyese á sí el vivir y el moverse, y no al ánima que en él está y le da vida; así seria muy ciega el ánima que las buenas

obras que hace las atribuyese á sí misma, y no á Dios que le infundió el espíritu de vida, que es la gracia, para que las pudiese hacer. Y en otra parte dice (1), que así como los ojos corporales, aunque estén muy sanos, si no son ayudados de la luz, no pueden ver; así el hombre, aunque sea muy justificado, si no es ayudado de la luz y gracia divina, no puede vivir bien. Si el Señor no guarda la ciudad, dice David, Psalm. cxxvi, v. 1, en vano vela el que la guarda: *O si cognoscant se omnes homines, et qui gloriantur, in Domino glorientur* (2), dice el Santo: ¡Oh si se conociesen ya los hombres, y acabasen de entender que no tienen de qué gloriarse en sí, sino en Dios! ¡Oh si nos enviase Dios una luz del cielo, con la cual quitadas las tinieblas conociésemos y sintiésemos que ningun bien, ni ser ni fuerza hay en todo lo criado, mas de aquello que el Señor de su graciosa voluntad ha querido dar y quiere conservar!

Pues en esto consiste el tercero grado de humildad, sino que no llegan nuestras cortas palabras á acabar de declarar la profundidad y perfeccion grande que hay en él, por mas que lo andemos diciendo ahora de una manera, ahora de otra, porque no solo la práctica, sino tambien la teórica de él es dificultosa. Esta es aquella aniquilacion de sí mismos, tan repetida y enco-

(1) August. l. de natur. et gratia, c. 26.

(2) August. l. 9 de Confess. c. 13.